

Dulces sueños, Anita

No hace mucho tiempo, en un pueblo cercano vivía Anita con sus padres y sus hermanas. Eran tiempos difíciles y no se tenían todas las comodidades que hoy disfrutamos. Anita tenía 6 años y como todos los niños se pirraba por los caramelos, pero sus padres no podían comprárselos a diario: sólo algunos jueves, cuando su padre iba al mercado al pueblo de al lado, les traía una bolsita para las cuatro hermanas.

Era tanto lo que le gustaban los caramelos, que una noche soñó que se encontraba en una preciosa ciudad, llena de jardines, de columpios, que ella jugaba mucho y que un señor muy mayor le regalaba un puñado de caramelos. Ella, pensando compartirlos con sus hermanas, los agarró muy fuerte con sus manitas; y así se despertó, con los puños apretados, pero al abrir sus manitas no tenía nada. ¡Qué lástima! – exclamó – Hace tiempo que papá no nos trae caramelos, y quería habérmelos comido con mis hermanas.

La noche siguiente volvió a tener el mismo sueño, y se volvió a levantar con las manitas cerradas tratando de coger los caramelos, pero al abrirlas no había nada. Al desayunar, su mamá le vio triste, y al preguntarle qué le pasaba, Anita le contó su sueño; su mamá le cogió la manita, le dio un beso y le dijo que sólo era un sueño.

Ella pasó el día pensando en su sueño, y de repente vio la solución: – Como no puedo llevarme los caramelos, si vuelvo a soñar con ellos me los comeré en mis sueños, y así al menos los habré disfrutado.

Llegó la noche, se acostó y su mamá le dio un beso de buenas noches. ¡Dulces sueños, angelito! – le deseó, y ella sonrió pensando que sí serían dulces si se cumplía su plan. Como las otras noches empezó a soñar con un parque precioso, un barquero que llevaba a niños que reían mientras él les contaba chascarrillos, unos columpios muy divertidos, y sentado en un banco el señor mayor que le llamaba para darle unos caramelos. Tal y como lo había planeado, ella cogió los caramelos de aquel amable señor, le dio un beso, llamó a sus hermanas y muy contentas se los comieron los de naranja, los de fresa y también los de limón que tanto le gustaban. Y seguía jugando en aquel parque cuando entre risas se despertó.

– ¡Qué contenta te levantas hoy!, le dijo su mamá dándole un beso.

– ¡Sí! Hoy he vuelto a soñar con el señor que me daba los caramelos, y nos los hemos comido ¡Cómo lo hemos pasado!

– Pues mira tu cartera, que ayer fue jueves y papá te trajo una sorpresa.

Anita era la niña más feliz del mundo porque sabía que su papá le había traído unos caramelos del mercado, y en el patio del colegio los tomó con sus hermanas y alguna amiga, y lo pasaron fenomenal.